



ARTÍCULOS

Problemas de desarrollo económico de Estados Unidos

Miguel S. Wionczek

Revista de Economía y Estadística, Tercera Época, Vol. 3, No. 1-2-3-4 (1959): 1º, 2º, 3º y 4º Trimestre, pp. 65-98.

<http://revistas.unc.edu.ar/index.php/REyE/article/view/3469>



La Revista de Economía y Estadística, se edita desde el año 1939. Es una publicación semestral del Instituto de Economía y Finanzas (IEF), Facultad de Ciencias Económicas, Universidad Nacional de Córdoba, Av. Valparaíso s/n, Ciudad Universitaria. X5000HRV, Córdoba, Argentina.

Teléfono: 00 - 54 - 351 - 4437300 interno 253.

Contacto: rev_eco_estad@eco.unc.edu.ar

Dirección web <http://revistas.unc.edu.ar/index.php/REyE/index>

Cómo citar este documento:

Wionczek, M. (1959). Problemas de desarrollo económico de Estados Unidos. *Revista de Economía y Estadística*, Tercera Época, Vol. 3, No. 1-2-3-4: 1º, 2º, 3º y 4º Trimestre, pp. 65-98.

Disponible en: <http://revistas.unc.edu.ar/index.php/REyE/article/view/3469>

El Portal de Revistas de la Universidad Nacional de Córdoba es un espacio destinado a la difusión de las investigaciones realizadas por los miembros de la Universidad y a los contenidos académicos y culturales desarrollados en las revistas electrónicas de la Universidad Nacional de Córdoba. Considerando que la Ciencia es un recurso público, es que la Universidad ofrece a toda la comunidad, el acceso libre de su producción científica, académica y cultural.

<http://revistas.unc.edu.ar/index.php/index>

PROBLEMAS DE DESARROLLO ECONOMICO DE ESTADOS UNIDOS (*)

El *Comité de Desarrollo Económico* (Committee for Economic Development), uno de los numerosos organismos privados estadounidenses dedicados al fomento de la investigación de los problemas económicos de E. U., formuló en 1957 la siguiente pregunta: “¿Cuál es el problema económico más importante a que tendrá que hacer frente E. U. en los próximos veinte años?”. Con objeto de reunir el mayor número posible de opiniones representativas respecto a este punto, tanto de dentro como de fuera del país, el Comité recabó respuestas de un buen número de notables economistas, hombres de ciencia, funcionarios civiles internacionales y destacadas personalidades gubernamentales responsables de la orientación de la política económica en los países de libre empresa, además organizó un concurso internacional que fue ampliamente anunciado por la prensa y las revistas de economía norteamericana. Una edición formada por dos volúmenes (***) objeto del presente comentario, comprende en el primero 49 estudios redactados por figuras de renombre internacional, y en el segundo 50 trabajos seleccionados entre los demás de mil participantes en el curso.

Aunque ambos volúmenes se refieren a la misma cuestión, parece conveniente comentarlos por separado. Sólo dos terce-

(*) (***) *Problems of United States Economic Development*. Committee for Economic Development, Nueva York, 1958. Dos volúmenes, págs. 374-390.

ras partes de las opiniones publicadas en el primer volumen proceden de E. U.; el resto corresponde a personalidades de otros países, especialmente europeos. Todos los trabajos de que consta el segundo volumen, excepto dos, fueron escritos por norteamericanos. Por tanto, puede afirmarse que la primera parte del estudio proporciona una idea general respecto a lo que prominentes intelectuales del mundo (exceptuados los de los países comunistas) consideran como los problemas económicos de mayor gravedad que tendrá E.U. en las dos próximas décadas. La segunda parte ofrece las opiniones que sustenta en relación con el mismo tema lo que podría llamarse opinión pública ilustrada de E. U. La inclusión de las opiniones extranjeras en el primer volumen y su exclusión (tal vez involuntaria) en el segundo, dio como resultado dos documentos, bastante diferentes entre sí, cuyo contenido revela las tendencias del pensamiento socioeconómico de E.U. y del resto del mundo. Es posible que la notable diferencia en la forma de enfocar los problemas económicos de E. U., según la nacionalidad del analista, constituya uno de los mayores atractivos de la encuesta del Comité de Desarrollo Económico.

I

He aquí una lista —bastante incompleta— de los participantes cuyos trabajos aparecen en el primer volumen: de E.U. Simon Kuznets, Gottfried Haberler, F.A. Hayek, Paul Samuelson, J. K. Galbraith, David Riesman, Milton Friedman, Sumner Slichter, Henry Steele Commager y Kenneth E. Boulding; del extranjero, Raúl Prebisch, Lester B. Pearson, Paul Henry Spaak, Julian Huxley, Nicholas Kaldor, W. Arthur Lewis, Lionel Robbins, Roy F. Harrod y Jan Tinbergen. En su gran mayoría, los concursantes son economistas y universitarios de fama internacional. Los demás se dedican a las ciencias socia-

les (leyes, administración pública, sociología) o la política tanto en E. U. como en el extranjero.

El volumen agrupa los trabajos en nueve capítulos, según el tema elegido por los autores respectivos como *problema más importante* para el futuro económico de E.U. Los títulos abarcan desde los “problemas internacionales” hasta la “seguridad nacional”, comprendiendo temas tales como “finés sociales del crecimiento económico”, “problemas provocados por el crecimiento económico”, etc. Al igual que cualquier otra clasificación, la indicada está sujeta a la crítica. De hecho, parece que los 48 trabajos incluidos en este volumen (uno más del Prof. Paul H. Douglas apareció como apéndice al Volumen II) cubren tres amplios temas: los problemas de la política económica exterior de E. U.; los problemas de la estabilidad económica y el ciclo económico, y los aspectos sociales de la situación actual y del futuro crecimiento de la economía norteamericana. Muy bien podrían comprenderse dentro de estos tres epígrafos todos los trabajos del primer volumen, con excepción de los dos últimos, que tratan de las relaciones militares entre E. U. y la URSS.

La gran mayoría de los participantes en la encuesta del C. E. D. opina que no es posible que estalle otra guerra mundial en los dos próximos decenios. Entre los problemas internacionales de mayor importancia, éste es, probablemente, el menos mencionado —aún en forma de digresión— en el Volumen I. Las pocas ocasiones en que se alude al punto se le deja de lado rápidamente, por uno de estos dos motivos: porque dado el progreso tecnológico alcanzado en el campo de las armas de destrucción colectiva, resulta imposible, en opinión de alguno de los autores, que estalle una nueva guerra mundial; otros estiman que si se supone que en un futuro próximo va a desencadenarse un conflicto bélico general, carece de sentido

hacer especulaciones sobre los principales problemas económicos de E.U. o de cualquier otro país.

Hay también otro aspecto cuyo examen hubiera sido de esperarse en los trabajos escogidos por el C. E. D. y sin embargo, igual que el anterior fue eludido casi por completo en el primer volumen. Se trata de la probabilidad de una nueva gran depresión en E.U. y en el mundo occidental, similar a la registrada en 1929. En general, tanto los escritores que se ocupan directamente de los problemas de la estabilidad económica en E.U. como aquéllos que concentran su atención en distintas facetas de las relaciones económicas internacionales dan por sentado que, si bien no es verdad que haya desaparecido el ciclo económico, es muy improbable que cualquier gobierno de E.U. haya de administrar tan mal la economía del país que le conduzca de nuevo a situaciones como las que acontecieron en el período 1929-1934. El supuesto aceptado generalmente, aunque sólo en forma tácita, es que los gobiernos actuales disponen de instrumentos suficientes para controlar el ciclo y que harán todo lo posible para evitar un desastre económico, no sólo por sus consecuencias nacionales sino —en el caso de E.U.— por su repercusión en la posición internacional de este país, repercusión que sería aún más grave.

Dieciseis trabajos del volumen I se refieren a la política económica internacional de E.U.; ocho a los problemas de la estabilidad económica, y los restantes —casi la mitad de los presentados— se dedican a los aspectos y consecuencias sociales del progreso industrial de E.U. en la época moderna.

Según el primer grupo de participantes, en el que figuran nombres tales como Kuznets, Prebisch, Kaldor y Arthur Lewis, el problema de la ayuda al crecimiento económico de las regiones menos desarrolladas será el principal a que se enfrentará E.U. en las próximas décadas. El ex-Ministro de Ha-

cienda francés Jean Monnet, uno de los promotores del Mercado Común Europeo, expresa así su pensamiento:

“El problema de las regiones menos desarrolladas será el más explosivo e importante de los próximos 20 años. En la actualidad aumenta en vez de ceder la tensión entre los países industriales avanzados y los menos desarrollados. Los países industriales ricos deberán unirse (incluyendo, de ser posible, a la Unión Soviética), para tratar de impulsar el desarrollo de las regiones atrasadas. Al fin de cuentas, tal desarrollo afectará a todos... Creo que será real y psicológicamente imposible para el hombre penetrar en el espacio llevando consigo las anacrónicas rencillas terrenales” (p. 38).

Son muy diversas las razones que aduce este grupo de escritores porque cree que la urgente necesidad de ayuda económica norteamericana para favorecer el desarrollo de las regiones atrasadas es el problema más serio que tendrá E.U. Algunos (Raul Prebisch entre ellos) creen que E.U. tendrá necesidad de ampliar considerablemente sus actividades de ayuda económica por razones políticas, para responder así al reto de la URSS en este campo y no quedar aislada, ya que si la fórmula capitalista para el desarrollo no da buen resultado, los países buscarán otras soluciones sociales y económicas. Otros escritores subrayan que el principal objetivo de E. U. deberá residir en las medidas que ha de adoptar ese país para disminuir la creciente desigualdad entre los países ricos y pobres, y aducen como argumentos los propios intereses económicos de la nación. Kaldor, por ejemplo, declara:

“no es mi deseo afirmar que la inversión de cuantiosos fondos para ayuda económica a los países subdesarrollados sea esencial para asegurar la plena utilización de los recursos económicos de América del Norte (como tampoco lo es la inversión considerable en armamento),

pero no es posible dudar que en las próximas décadas esa ayuda facilitará la solución del problema económico interno de mantener la ocupación plena, así como el externo de sostener el equilibrio en los pagos e ingresos mundiales de dólares" (p. 98).

Finalmente, algunos escritores como Reinhold Niebuhr, notable teólogo protestante norteamericano, enfocan el tema desde un punto de vista moral: E.U. tiene que ayudar a la mayoría pobre de la raza humana, porque resulta incongruente la coexistencia del hambre, de la miseria y de los sufrimientos de las regiones subdesarrolladas con la opulencia de la sociedad estadounidense.

Todos los autores convienen en que la política económica internacional seguida en la actualidad por E.U. es inadecuada para resolver un problema de tal magnitud. En opinión de Simón Kuznets, "la incapacidad de las instituciones económicas estadounidenses para contribuir a forjar una seguridad a largo plazo en un mundo cada vez más dividido y turbulento" representa por sí misma el problema más importante de E.U. Según Lester B. Pearson, ex-Ministro de Relaciones Exteriores de Canadá, la política norteamericana de comercio e inversiones, basada en la protección de su industria y de su agricultura y en el flujo de capital privado al exterior, es incompatible con las necesidades de la economía internacional. W. Arthur Lewis dice que "los créditos privados no cumplirán la función (de desarrollar las economías atrasadas y en proceso de crecimiento). En cierto sentido, la tarea más importante para el próximo decenio consiste en hacer comprender esto a los senadores de E.U."

Es interesante notar que de los trabajos del Volumen I que se relacionan con los problemas de la política económica exterior de E.U. y del desarrollo de los países atrasados, ninguno defiende la actitud oficial del Gobierno de E.U. hacia

tales problemas, actitud que en el país mismo tiene el apoyo de muchos economistas académicos. Esto se explica en parte si se toma en cuenta que para este grupo de economistas neoliberales, defensores de las fuerzas del mercado libre y enemigos de la intervención estatal, el principal problema de E. U. para los próximos 25 años no surgirá de la desigualdad creciente entre los países industriales y los subdesarrollados, sino de la inflación en la economía estadounidense.

De hecho, en el muy numeroso grupo que escogió la estabilidad monetaria como problema principal de E.U. para el próximo cuarto de siglo, predominan economistas norteamericanos. Sólo una de estas contribuciones procede del extranjero: la del Prof. Lionel Robbins, de la Escuela de Economía de Londres.

Aunque es muy laudable el deseo de asegurar el crecimiento económico en condiciones de estabilidad monetaria, se sentirá decepcionado el lector que espere encontrar en esta parte del Volumen I una exposición amplia y seria del ciclo económico y del progreso logrado por la política económica en sus intentos para atenuar las fluctuaciones, o bien un análisis objetivo de la naturaleza de las presiones inflacionarias que actualmente existen en E.U. Lo que realmente interesa a los distinguidos economistas estadounidenses que eligieron el tema de la estabilidad económica puede deducirse fácilmente por los títulos de algunos de los trabajos: "Creeping Inflation Resulting from Wage Increase in Excess of Productivity" (Haberler); "Inflation Resulting from Downward Inflexibility of Wages" (Hayek); "Wage Inflation Reducing Incentives and Slowing Down the Rate of Growth Output" (Clarence B. Randall); "Wage Induced Inflation" (Terborgh). Es cierto que en una que otra contribución se discute objetivamente el problema de la estabilidad económica y monetaria, como lo hace, por ejemplo, el Prof. Paul Samuelson, apuntan-

do con cierta ironía que la inflación le inspira tanto temor como "el histérico miedo a la inflación". Pero lo que prevalece en el Volumen I es precisamente el miedo histérico a la inflación, síntoma característico de lo que se piensa y escribe en algunos círculos académicos de E.U., en donde las arengas anti-inflacionarias proporcionan a las grandes empresas el apoyo intelectual necesario en su batalla contra los males del "Estado Benefactor".

Para la mayoría de los trabajos que se ocupan de la estabilidad económica, hay un villano en la escena, culpable de la inflación posbélica en E.U. y capaz de provocar males todavía mayores si no se le domina a tiempo. No hace falta leer los trabajos de Haberler, Hayek y sus prosélitos para descubrir este villano, que es ya conocido gracias a las publicaciones diarias de la prensa estadounidense: se trata del sindicalismo que por sus "ilegítimas" exigencias de alzas de salarios mayores que el aumento de la productividad, pone en movimiento el mecanismo inflacionario y hace peligrar el futuro de la economía nacional (1).

El lector que se pregunte si los trabajadores de la industria de E.U. son realmente los únicos responsables de las presiones inflacionarias (que estuvieron presentes en E.U. aún durante la recesión de 1957/58), recibe de Haberler la explicación siguiente:

"Es muy popular el sistema de negar las quejas contra la política de salarios, poniendo de relieve la política monopolista de precios de los patrones. Ahora bien, se ha exagerado mucho el peligro de los monopolios para la economía de E.U. Pero, aún en el grado en que los

(1) En varias y diversas publicaciones de la *Conference on Economic Progress*, dirigida por Leon H. Keyserling, especialmente en la denominada *The Recession - Cause and Cure* (Washington, D.C., junio de 1958), encontramos estadísticas sobre salarios y ganancias en E.U., que refutan estos alegatos.

monopolios existen actualmente, no son ellos los que provocan la constante inflación, como lo hace la política de salarios de los sindicatos” (p. 142).

Desde luego, podría decirse que este grupo de trabajos del primer volumen no representa el pensamiento de los economistas norteamericanos, pero resulta difícil creerlo si se toma en cuenta el Volumen II, escrito casi totalmente por estadounidenses. Cabe recordar aquí una penetrante observación hecha por el Prof. Kuznets en el Volumen I sobre la influencia de las condiciones actuales en las predicciones económicas. Kuznets observa que si en 1937 se hubiera inquirido respecto al problema económico más grave del futuro, las respuestas hubieran hecho hincapié probablemente, en la ocupación plena, y que hace 40 años (en 1917-18), las respuestas se hubieran referido a la escasez de mano de obra y de capital. De hecho, en los años posteriores a 1939 el problema de la ocupación plena fue de importancia secundaria para E.U., en tanto que el verdadero problema en el período interbélico residió, no en la escasez de mano de obra y capital, sino en la falta de ocupación para ambos. Esto implica indirectamente que la obsesión que hoy existe en E.U. respecto a la inflación puede ser de carácter pasajero.

Pero parece que estas explicaciones son insuficientes. Haberler y otros académicos, que ven en la inflación de salarios el problema más importante del futuro de E.U. representan la quintaesencia del pensamiento “conservador” en el país, no sólo en cuanto a los problemas de economía interna, sino también por lo que toca a los de economía internacional (2). Sin embargo, su gran influencia en E.U. cuenta probablemente más que sus teorías. La aseveración del Prof.

(2) Ver el artículo de Haberler: *“Critical Observations on Some Current Notions in the Theory of Economic Development,”* L’Industria, Milán, N° 2, 1957.

Lewis de que “la tarea más importante para el próximo decenio consiste en hacer comprender . . . a los senadores norteamericanos” los cambios experimentados en el mundo, se aplica también a un amplio sector de augustos y distinguidos economistas estadounidenses, paladines y mantenedores de la sapiencia convencional, a los que J. K. Galbraith describe con tanta agudeza en su último libro (3):

“La sapiencia convencional está vinculada a todos los niveles de sofisticación. En los más altos niveles del academismo sociológico resulta inaceptable una fórmula o afirmación novedosa. Al contrario, se atribuye gran importancia al método que consiste en expresar una verdad ya conocida con nuevas palabras, y las pequeñas herejías son muy apreciadas. Y el mismo vigor de estos debates insignificantes hace posible excluir por vulgar —o por su aparente falta de carácter científico, o por parroquial— cualquier amenaza a la estructura misma. Además, con el tiempo y con la ayuda del debate, las ideas aceptadas se presentan sumamente elaboradas. Tienen mucha literatura e incluso sentido místico. Los defensores están capacitados para afirmar que los detractores de la sapiencia convencional no han dominado sus complicaciones. Ciertamente, tales ideas sólo pueden ser comprendidas por un hombre firme, ortodoxo, paciente; en resumen, por alguien que reúne las cualidades del sabio convencional. Como la sapiencia convencional se ha equiparado más o menos con un escolasticismo sólido, su posición es virtualmente inexpugnable. El escéptico es descalificado por su misma tendencia a ir temerariamente de lo viejo a lo nuevo. Si fuera un hombre docto, adoptaría la sapiencia convencional” . . . (p. 11).

Después de recrearse en la segunda parte del Volumen I con las muestras más ortodoxas de este tipo, el lector verá

(3) *Affluent Society*, por J. K. Galbraith, Houghton, Mufflin Co., Nueva York, 1958, pp. XII+368.

con agrado que los trabajos restantes se dedican al análisis de los aspectos sociales del progreso industrial de E.U. Esto prueba que, si bien la sapiencia convencional puede encontrarse muy afianzada en las universidades estadounidenses, la élite intelectual de ese país se preocupa mucho por los defectos de la civilización industrial norteamericana.

Este grupo de trabajos se ocupa en su mayor parte de lo que Tinbergen llama en su contribución "las consecuencias de una creciente riqueza material en E.U." Escritores como Tinbergen y Harrod —entre los extranjeros— y Abramowitz, Hawthrey, Riesman y Hansen —entre los norteamericanos— señalan la creciente diferencia que existe en E.U. entre las necesidades sociales no satisfechas, originadas por la industrialización, y la enorme riqueza material (sólo unos cuantos escritores se ocupan del problema de la "pobreza residual" en E.U.), y formulan una pregunta fundamental: *¿Cuál es el objeto de la producción?*

El argumento que generalmente establecen estos escritores es el que sigue: indudablemente, el pensamiento y el comportamiento económico de la sociedad norteamericana, responsables del actual estado de plenitud de bienes materiales, tienen su raíz en las necesidades no satisfechas del mundo del siglo XIX. Desde la época de Adam Smith y Ricardo, la teoría económica ha tratado el problema de asegurar la producción y satisfacer las necesidades materiales de la humanidad. Desde que la revolución industrial se trasplantó de Europa Occidental a E.U. a principios del siglo XIX, el dogma incontestable, sustentado prácticamente por todos los miembros de la sociedad de E.U., fue trabajar con empeño, producir y crear más riqueza. El éxito en estos campos fue completo, ya que, aparte de la acertada filosofía que exalta la importancia del trabajo y de la producción, E.U. dispone de una favorable combinación de recursos naturales, una fuerza de trabajo con

deseos de capacitarse y la tecnología; además no ha sufrido los estragos de las grandes guerras.

El problema de la escasez de bienes materiales, que desde los tiempos más remotos ha afectado a toda la humanidad, está resuelto en lo que concierne a E.U. Lo que durante muchas generaciones se denominó "el sueño americano" (un estado de plenitud material), ha sido realizado finalmente. No existiría razón alguna para sentir inquietud por el futuro, si las necesidades y deseos del pueblo fueran ilimitados. Pero —como señala Harrod— solamente hay una minoría reducida y muy culta que nunca se siente saciada. El antiguo adagio de que ni siquiera el millonario puede comerse más de dos chuletas diarias se aplica a los demás bienes materiales. Siguiendo los preceptos del pasado, que hicieron su meta de la producción de bienes materiales, E.U. produce más y más, y un sector considerable de la sociedad norteamericana se dedica actualmente a fomentar y a crear artificiosamente toda clase de necesidades imaginarias, con el fin de dar salida a la producción. Un ejemplo característico de esta situación: para crear la demanda de autos nuevos, cada año se introducen modificaciones que carecen de valor funcional, y después se ejerce sobre el consumidor una fuerte presión sociológica para persuadirle de la importancia que las mismas tienen para su posición social y para su satisfacción personal. Las casas se llenan de objetos feos y superfluos y surgen diversiones y obligaciones sociales, sin el menor valor real, ni para el consumidor considerado individualmente ni para la sociedad. Si este proceso continuo de forjar nuevas necesidades y deseos cesara, las consecuencias serían graves para la economía de E.U.

Dada la productividad firmemente creciente y el grado muy alto de satisfacción de las necesidades individuales, puede haber una solución para la trabajadora y comercializada sociedad de E.U.: hacer de ella una nación de rentistas y esta-

blecer en su escala de valores, el descanso en vez del trabajo. Muchos autores se preguntan —directa o indirectamente— si es ésta una solución. Su respuesta es negativa. El norteamericano, en su mayoría, posee demasiada vitalidad, y al mismo tiempo no está preparado para gozar el descanso. Por consiguiente, las consecuencias sociales del aburrimiento podrían ser bastante graves.

“Dad al hombre algún descanso e inmediatamente empezará a tramar alguna diablura. No quedará satisfecho con diversiones y juegos —dice Harrod—. Casi pisándole los talones a la idea de más “descanso”, viene la de más educación. El hombre tiene que educarse para poder hacer buen uso de sus ratos de ocio”.

Así pues, de acuerdo con éste y otros autores, el principal problema económico de E.U. será el de encontrar la manera de:

“Lograr que un número suficiente de recursos de máxima calidad vayan al campo de la educación especialmente en lo que concierne a las artes, a fin de proporcionar a los ciudadanos los recursos espirituales necesarios para hacer un uso fructífero del modo de vida más descansado que se perfila en el futuro”.

Si bien Harrod señala las necesidades de elevar la educación —que es campo de acción del Estado y no de la empresa privada— para que los americanos puedan hacer algo más que vivir disfrutando de los coches de doce cilindros y 300 caballos de fuerza, de los autocinemas con pantallas extra grandes y de toda clase de aparatos domésticos, otros autores, especialmente sociólogos estadounidenses, reclaman una revisión general de los valores que dominan a la sociedad de E.U., con el objeto exclusivo de lograr el equilibrio entre un gran

flujo de bienes y servicios, consecuencia de la riqueza material y la pobreza y escasez de los servicios públicos, cuya mayoría satisfaría necesidades tal vez hasta hoy inexistentes, pero muy importantes para una sociedad madura.

En uno de los mejores trabajos del primer volumen, un notable sociólogo norteamericano, David Riesman, observa amargamente que, tal como están en la actualidad las cosas en E.U., la sociedad entera, liberada de la pobreza y del temor a la pobreza, se enfrenta a algo más que a una destrucción total por una guerra atómica muy poco probable; a la total ausencia del significado de la vida. Al quejarse de que un pensamiento serio sobre el futuro es exactamente lo que hace falta en E.U., ya que “vivimos ahora y pensamos después”, Riesman describe el actual problema de la economía de abundancia de E.U. en el siguiente emotivo pasaje:

“Y volvemos a lo que nos hace falta. Por el momento, es inequívoco que queremos tener buenos coches, y buenos caminos para ellos. El entusiasmo por estas cosas se filtra desde nuestra élite cada vez más desmayado. ¿Qué más queremos sin lugar a dudas? Necesitamos niños sanos y casas para ellos en los suburbios y queremos una variedad de servicios (educación, inclusive). Tal parece que buscamos con interés cada vez mayor, en nuestra vida familiar, algunas de las satisfacciones de que carece nuestra vida económica y social. Pero, repito: existen muy pocos medios, políticos o económicos de traducir estos deseos insatisfechos, todavía indefinidos, en un programa que nos permita elegir entre gastar para defendernos o gastar por el solo gusto de gastar”.

¿Existe realmente la posibilidad de elegir? Si recordamos que casi la mitad de los norteamericanos viven en ciudades de más de 50.000 habitantes y más de la cuarta parte en ciudades con un millón de habitantes o más, la respuesta

puede encontrarse en los cuatro trabajos que cierran el volumen, y que estudian los problemas de la urbanización. El Presidente del Instituto de Administración Pública de E.U., Dr. Gulik, al hablar del fracaso de los gobiernos locales en las áreas metropolitanas, observa que los graves problemas de tránsito y estacionamiento, la falta de escuelas y lugares de recreo, el conflicto social que plantean las diferencias de color y de religión, la delincuencia juvenil, etc., son signos de que el carácter inadecuado y anacrónico de los servicios públicos y sociales de las grandes ciudades no es, en modo alguno, una consecuencia de falta de dinero. "Mientras más rica sea la ciudad en su economía fundamental, mayores serán sus problemas insolutos de congestión y crecimiento".

Los problemas de malos servicios urbanos, escuelas sobrepobladas, salubridad deficiente, fuerza policiaca insuficiente para proteger a la sociedad contra los vagos, hospitales mal equipados, todo esto en medio de la tremenda riqueza individual que prevalece en E.U. no se resolverá mediante la adjudicación de sumas más importantes de dinero. Para resolverlo es necesario —en opinión de Gulik, Riesman, Galbraith y otros muchos autores que atacan la grave deficiencia de los servicios públicos en E.U.— convencer a los miembros de la sociedad de E.U. —en todos los niveles de ingreso— de que para el buen funcionamiento de dicha sociedad los caminos son tan importantes como los coches; las escuelas, tan importantes como los supermercados y la construcción de viviendas tan importante como la de las salas cinematográficas privadas y otros lugares de recreo. Estos autores reclaman la revisión de las actitudes fundamentales que prevalecen en E.U. y que colocan a la producción privada, encaminada a obtener ganancias con productos y servicios vendibles, delante de la producción que se requiere en el dominio de los servicios públicos, que son en su mayoría invendibles e incapaces de proporcio-

nar ganancias monetarias. Insisten en la necesidad urgente de un mayor progreso en las ideas políticas y sociales y en la ofensiva contra la "sapiencia convencional", según la cual el productor y el consumidor son los amos de la sociedad. Rechazan el famoso dicho del ex-Secretario de la Defensa, Wilson: "Lo que sirve a General Motors, sirve a E.U.", y tomando una posición diametralmente opuesta a la de Hayek, Haberler y otros neo-liberales, declaran —y este es el veredicto de la mayoría de los autores que participan en este primer volumen del C.E.D.— que la participación del Estado en la vida de la sociedad americana debe incrementarse.

Si el vacío entre las necesidades personales y sociales de E.U. no se llena mediante la educación del pueblo para que los ciudadanos desempeñen el papel que realmente les corresponde en una sociedad industrial opulenta, y mediante el ejercicio de una intervención estatal inteligente y cuidadosa, E.U. se encontrará en una etapa de estancamiento social y económico. Dice Riesman:

"... los gastos no resuelven un imperativo social real, salvo el de fomentar la economía. Llegarán eventualmente a producir subproductos inútiles que harán que esa economía se hunda en un laberinto de ineficacia, demoralización y falta de propósito e inventiva genuina".

II

Como se ha dicho antes, el segundo volumen de la encuesta del C.E.D. contiene cincuenta aportaciones seleccionadas de entre más de un millar que se recibieron sobre el mismo tema, para el concurso internacional. En este volumen, con excepción de dos trabajos, todos fueron escritos por norteamericanos. Dos terceras partes del grupo de autores son economistas y de éstos 28 son profesores o realizan investiga-

ciones económicas en las universidades de E.U.; dos trabajan para grandes empresas y tres están empleados en organismos gubernamentales. De los otros quince contribuyentes, nueve son sociólogos o escritores, uno es ingeniero y cinco ejecutivos de empresas privadas. En su mayoría, los economistas no representan grandes centros educativos como Harvard, Princeton o Yale, sino que enseñan en universidades menos famosas. Por tanto, puede afirmarse que el segundo volumen es expresión del pensamiento social y económico predominante en las universidades del país en conjunto.

Fue mucho más fácil clasificar los trabajos del Volumen I que los del segundo. Puede ser que la mayor variedad de temas que en él se examinan se deba, en parte, a que los concursantes trataron de exponer ideas originales para atraer así la atención del jurado. Esto puede explicar, en cierto modo, el que algunos participantes hayan considerado que el problema económico más importante para E.U. reside en temas tales como "el entusiasmo por reproducirse" que sienten los padres de la generación bélica y posbélica, o los recursos hidrológicos, entre otros.

El principal punto de coincidencia entre ambos volúmenes es la cuestión de los valores subyacentes en el funcionamiento de la economía de E.U. Dicho aspecto atrajo la atención de la mayor parte de los participantes, directa o indirectamente.

La diferencia más notable entre el Volumen I y el II, consiste en que muy pocos trabajos de este último se preocupan por los problemas internacionales, especialmente por las consecuencias que puede tener para E.U. la creciente desigualdad entre las sociedades industrializadas y las menos desarrolladas. Obviamente, esta diferencia no es sino reflejo de la participación predominante de intelectuales extranjeros en el Volumen I, ya que los norteamericanos que colaboraron en él,

también consideraban secundario el problema del desarrollo económico de las demás naciones. Por otra parte, Haberler, Hayek y otros representantes de la "sapiencia convencional" que intervienen en el primer volumen, parecen participar de la opinión de muchos economistas académicos de E.U. siguiendo en orden de magnitud al grupo más numeroso de ganadores en este concurso, se encuentra el que considera a la inflación como el problema futuro más grave para E.U.

La única característica común de la mayoría de los trabajos de este volumen es su alto nivel técnico. En tanto que los participantes incluidos en el Volumen I se abstuvieron, por regla general, de documentar sus opiniones y dan por supuesto —lo que no deja de ser comprensible— que su renombre es garantía de la seriedad de sus opiniones, los del Volumen II adoptan una actitud opuesta. Mediante extensas citas y referencias a libros y artículos —a veces muy poco conocidos— tratan de probar no sólo que son personas versadas en la teoría económica, sino que sus opiniones están respaldadas por el apoyo de otras muchas personas que trabajan en campos similares. De hecho, aún los participantes más excéntricos y originales en lo que toca al tema elegido se complacen en estas prácticas, probablemente para demostrar que no están solos intelectualmente.

A pesar de todo, en el Volumen II encontramos una sensación de intranquilidad ante el futuro de E.U. En cierto sentido, esta preocupación difiere en algo de la de los participantes en el primer volumen, quienes prácticamente se muestran libres de temor hacia la posibilidad de una futura gran depresión.

Ni siquiera los autores del Volumen I que más critican los aspectos de la civilización industrial estadounidense, basada en las ganancias del sector privado, parecen dudar de la natural habilidad de la economía norteamericana para crecer

rápida y constantemente. La cuestión que tratan de resolver estos autores es: ¿Cuál es el objeto del crecimiento y de la producción? Todos se oponen a un crecimiento económico carente de significado social que lleve a acumular bienes extravagantes e inútiles para cuyo consumo es necesario crear falsas necesidades.

Para muchos de los participantes en el Volumen siguiente nada habrá de automático en el futuro crecimiento económico de E.U. Temen seriamente la amenaza de una nueva depresión y en numerosas ocasiones se refieren a la "inestabilidad intrínseca" de la economía de E.U. Dice uno de los participantes:

"La complacencia general se funda aparentemente en la convicción de que las condiciones y tendencias actuales son muy diversas de las que prevalecían en el tercer decenio de este siglo y de que consecuentemente, es insignificante la probabilidad de que ocurra otra depresión. Este razonamiento tiene dos puntos falsos: las nuevas condiciones que se supone, servirán para evitar la deflación, son demasiado insignificantes y, cualquiera que sea su efecto, se verán contrarrestadas por otras nuevas a las que ahora no se toma en cuenta, las cuales tienden a incrementar la probabilidad de una depresión más que a disminuirla" (p. 20).

Según un grupo relativamente numeroso de concursantes, los problemas de una baja seria en la producción y en la ocupación de E.U. pueden presentarse en los próximos veinte años debido a: 1) un crecimiento de la oferta global de bienes más rápido que el de la demanda de los mismos; 2) la insuficiencia de la demanda efectiva de un sector relativamente amplio de consumidores; 3) la lentitud inherente a la introducción de innovaciones, y 4) deficiencias en la distribución cronológica de las oportunidades de lograr ganancias que se consideren adecuadas, lo cual provocaría escasez de nueva in-

versión de capital. Así pues, para estos autores la cuestión esencial es: ¿cómo hacer efectiva la demanda de aquéllos que, deseando consumir la creciente producción disponible, se encuentran incapacitados actualmente para hacerlo?

Valdría la pena examinar a continuación las soluciones que presentan para resolver el problema de la "inestabilidad intrínseca" de la economía de E.U. La depresión puede presentarse —se afirma en el Volumen II— porque los instrumentos de que se dispone actualmente para la política económica de E.U. no son adecuados para hacer frente a una perturbación cíclica de importancia (en su mayoría, los autores expresan serias dudas respecto a la utilidad de la política monetaria para luchar contra el ciclo económico), y ello se debe al escaso progreso logrado por la ciencia económica. Indudablemente estos razonamientos, que se encuentran en muchos de los autores, ponen de manifiesto una actitud muy interesante: los problemas del manejo de la economía de E. U. se tratan aquí como puramente operativos, a la manera de los que se presentan a un ingeniero o al funcionario de una empresa comercial. Lo que se dice equivale a lo siguiente: debemos dedicar más dinero, más tiempo y más esfuerzo a estudiar en mayor detalle el ciclo económico; una vez que sepamos más de lo que sabemos ahora (y tenemos mucho que aprender porque el mecanismo de la economía se complica constantemente), dispondremos de un nuevo juego de herramientas mejor adaptadas a las exigencias de la situación; es obvio que cuando estemos en posesión de ellas habrán de emplearse, puesto que los dirigentes de la economía nacional las preferirán a las viejas y anticuadas, tal como el propietario de una fábrica prefiere las nuevas máquinas a las antiguas. Por tanto, suponiendo que los dirigentes de la economía emprendan una selección racional de instrumentos adecuados,

se logrará dominar el ciclo económico y eliminar el peligro de una depresión.

Lo que más llama la atención respecto a esta actitud, es el divorcio casi completo de la economía y de la sociología política: ninguno de los economistas que temen los peligros de una depresión y subrayan el estado poco satisfactorio de los conocimientos económicos aborda lo que debería ser la siguiente etapa de tales razonamientos: dada la posibilidad de mejorar los conocimientos y de formular mejores instrumentos de política económica, cabría preguntarse si dichos instrumentos se emplearían en una sociedad cuyos principales valores políticos, sociales y económicos estuviesen tan estrechamente ligados con la "sapiencia convencional" como ocurre en E.U. ¿Será que el proceso de manejar un país no es sino copia del que se sigue para manejar una planta industrial con fines lucrativos? ¿Bastarán las *herramientas* (nótese que esta expresión se ha tomado del proceso productivo) para resolver los complicados problemas socioeconómicos?

La actitud estrictamente operativa ante el problema del ciclo económico de E.U. va acompañada, en el Volumen II, por un interés sumamente escaso hacia el futuro del resto de la economía mundial. Es verdad que en algunas de las discusiones sobre la inestabilidad de la economía de E.U. se aduce que la urgente necesidad de corregirla nace, entre otros motivos, de los siguientes: 1) la creciente competencia de los países comunistas por lo que se refiere al volumen total de la producción y 2) los daños que una depresión grave podría causar a la posición de E.U. ante el resto del mundo. Pero muy poco se encontrará en estos trabajos acerca de la necesidad de estabilizar no sólo la economía norteamericana, sino también la economía mundial, y de tratar de resolver los problemas que afectan a las relaciones económicas de E.U. con los

países menos desarrollados. Para la mayor parte de los que participaron en el concurso del C.E.D., el resto del mundo —con excepción del espectro amenazador de la Unión Soviética— apenas existe. Aquí destaca nuevamente la actitud de un ingeniero, que no tiene otra tarea ni otra preocupación que incrementar la eficacia de su propia planta, y cuyo interés por la relación entre su planta y la comunidad en que está situada se limita estrictamente a los problemas operativos inmediatos. (También es interesante señalar que en el Volumen II la investigación tecnológica tiene precedencia sobre los problemas de la educación general).

El comentario que se hizo al principio de esta sección, en el sentido de que los trabajos del segundo volumen del C. E. D. muestran un nivel técnico mucho más elevado que las colaboraciones seleccionadas que aparecen en el primero, no es aplicable a una serie de seis trabajos (uno de ellos escrito por un australiano) que tratan de los problemas de la política económica exterior de E.U. Como se dijo, en el Volumen I el grupo de escritos que se ocupan de los problemas de la inflación fue interesante como documento social. Esta característica corresponde aquí a los artículos relativos a la política económica exterior. Los autores que eligieron este tema como el problema económico más importante de E.U. parten, por regla general, de uno de los siguientes dos fundamentos, y en ocasiones de ambos: las necesidades de la guerra fría con la Unión Soviética y las obligaciones morales de E.U. con los pueblos pobres de los países subdesarrollados. Los E.U. no pueden permitir que la Unión Soviética someta a su dominio a los países menos desarrollados (generalmente se da por sentado que los países subdesarrollados no son “lo bastante astutos para comprender el significado real del totalitarismo soviético”). Por otra parte, resulta inmoral permitir que

tantos pueblos sufran hambre y miseria mientras el pueblo de E.U. tiene prácticamente todo lo que quiere.

Al leer estos trabajos se adquiere la misma impresión que al leer los artículos editoriales de la prensa diaria de E.U. Ninguno de los participantes seleccionados por el C.E.D. entre cientos de competidores, se ocupa seriamente de las características actuales de la economía mundial, de las consecuencias que implican las diversas condiciones socioeconómicas de los países subdesarrollados para la política económica internacional de E.U. o de asuntos similares. Aparentemente, para la mayor parte de los intelectuales de E.U. el mundo exterior existe muy vagamente y los que demuestran cierta preocupación por los problemas económicos internacionales los conocen sólo de segunda mano. De cualquier forma, no hay indicios aquí de que la copiosa literatura que se produce en los países menos desarrollados sobre el problema económico del subdesarrollo haya invadido las bibliotecas de las universidades de E.U. Tampoco los trabajos sobre política económica exterior de E.U. indican que sus autores tengan conocimientos directos de las regiones menos desarrolladas y de sus problemas.

Así, cabe preguntar si el aislacionismo intelectual que prevalece en E.U. —como lo prueba el Volumen II al divorciar la economía de otras ciencias sociales y por la falta de interés que refleja hacia el mundo exterior— es o no uno de los mayores problemas a que se enfrentará E.U. en los próximos decenios. No basta que algunos de los más brillantes intelectuales de E.U. vean claramente los grandes problemas sociales e internacionales, si no los comprende la opinión pública del país que, debido a la magnitud sin precedente de la riqueza material que ha amasado, dispone de los elementos necesarios para hacerles frente en forma racional.

III

Es difícil sorprenderse cuando se comprueba que el mayor número de los participantes en el concurso del C.E.D. da prioridad al examen de los problemas internos de E.U. Con todo, parece al que esto escribe, que el problema de más trascendencia que tendrá que afrontar Estados Unidos en las dos décadas próximas consistirá en buscar el medio de *ajustar su comercio exterior a las exigencias de la economía mundial a los verdaderos intereses de E.U. a largo plazo.*

A pesar de la importancia que entraña para la sociedad norteamericana el mantenimiento de un progreso sostenido en sus niveles de vida, asegurando la estabilidad monetaria y la ocupación plena, el comportamiento interno de E.U. se verá afectado cada vez con mayor intensidad por las grandes transformaciones de carácter económico-social que se producen fuera de los países industrializados, transformaciones que alguien ha bautizado con el nombre de la "revolución de las expectativas de crecimiento".

Como resultado de esta "revolución", podrá verse desmentida la idea —tan generalizada hoy en día— de que el mundo está claramente dividido en dos grandes grupos integrados respectivamente por los países del llamado mundo libre y por los países comunistas. Ello ocurrirá una vez que los países en proceso de desarrollo, para los cuales el conflicto entre Oriente y Occidente ofrece poco interés directo, hagan acto de presencia en la escena internacional. Cada vez se perciben más señales de que los dirigentes de los dos grandes bloques están percatando de la importancia política y económica de las naciones que cubren la mayor parte de Asia, Africa y América Latina.

Empero el panorama conjunto de la economía mundial actual no ofrece demasiado margen para el optimismo.

1. Las presiones demográficas que afectan a las regiones menos desarrolladas son más fuertes que nunca, debido a que dichas regiones han comenzado a aprovechar los adelantos alcanzados por la medicina y por la higiene social en los centros industriales del resto del mundo;

2. el "efecto demostración" de la civilización moderna se extiende con rapidez a las regiones más atrasadas;

3. las necesidades financieras de las regiones subdesarrolladas son muy superiores a sus recursos presentes y a los que pueden esperar;

4. el progreso tecnológico determina un rápido incremento del costo del desarrollo económico, especialmente de la industrialización (4);

5. cualquiera que haya sido el progreso logrado durante el período posbélico fuera de los países industrializados de Occidente, la diferencia entre los niveles de desarrollo de los países avanzados y de sus periferias está creciendo en vez de disminuir (5). Este hecho se produce a pesar de que durante los últimos 25 años la tasa media de crecimiento económico de los países atrasados y en proceso de desarrollo ha sido mayor que la alcanzada por las regiones actualmente desarrolladas en el transcurso de los últimos cien años.

Tomando en cuenta lo anterior, el principal problema a que se enfrentará E.U. en las próximas décadas será el de

(4) Se estima que para incrementar en dls. 1.00 al año el ingreso personal en el Sur y el Sureste de Asia sería necesaria una inversión anual de dls. 6.400 millones en esa región. Sólo la cuarta parte de esta cantidad puede salir del ahorro privado (*Capital Requirements for the Development of South and South-East Asia*, S.A. Abbas-Groeningen, 1956).

(5) Ver los siguientes informes de la O.N.U.: *World Economic Survey*, 1956 y 1957; *Economic Survey of Asia and the Far East*, 1956; y *Economic Survey of Latin America*, 1957.

reorganizar su política de comercio exterior, ya que E.U. no puede permitir que el estancamiento económico de las regiones subdesarrolladas y políticamente neutrales las convierta en hostiles hacia él. El problema se complica porque no es de esperarse que en un futuro cercano, E.U. acuda a la aplicación de un nuevo Plan Marshall destinado a las naciones en proceso de desarrollo, ni que los países industrializados establezcan un programa conjunto de ayuda económica para dichas naciones.

La primera de las cinco afirmaciones anteriores es compartida por el mismo *Committee for Economic Development*, que declaró recientemente:

“La competencia en que E.U. se encuentra empeñado es la carrera por el desarrollo económico, en la cual participan las naciones libres y los países de la órbita soviética, especialmente China. Se trata de una carrera que no podemos permitirnos el lujo de perder... (6).

El segundo punto refleja en forma realista el clima político que prevalece actualmente en E.U. respecto al nivel de los impuestos. Aquí cabría señalar que un país que gasta más de la mitad de su presupuesto en armamento, bien podría también destinar a la ayuda económica un 10% del mismo.

Sin embargo, un plan de ayuda económica en gran escala no es el único instrumento que podría usar E.U. Existen otros: asistencia técnica, exportación de capital privado e importaciones de bienes comerciales. La necesidad de ajustar el comercio exterior de E.U. a las estructuras variables de la economía y de la política mundiales, y especialmente la urgencia de fomentar el incremento de las importaciones norteamericanas no se deben a que las otras dos armas carezcan de

(6) *Economic Development Assistance*, C.E.D., Nueva York, abril de 1957.

importancia; más bien —desde el punto de vista de los “desheredados”— el comercio exterior lleva implícito el medio por el cual una sociedad avanzada y rica como la de E.U. proporciona a naciones menos desarrolladas —sin que éstas tengan que recurrir a la “beneficencia internacional”— los recursos financieros y reales necesarios para la inversión y el progreso económico. La asistencia técnica y la inversión extranjera pueden ser de alguna ayuda para estimular el proceso de crecimiento económico, pero el éxito o fracaso de éste dependerán, en última instancia, de los recursos de que dispongan y de los esfuerzos que realicen por sí mismas las regiones todavía no industrializadas. La magnitud de dichos recursos está relacionada con los niveles del comercio internacional, en especial con el volumen de exportaciones de los pueblos productores de materias primas hacia el gigante industrial de Occidente: Estados Unidos.

A este respecto, su política —y también la de otros países desarrollados— dista mucho de ser satisfactoria. Hablando de los acontecimientos posbélicos, el *U.N. World Economic Survey for 1956*, señaló lo siguiente (7) :

“...es significativo el hecho de que la demanda de materias primas del conjunto de los países industrializados se ha incrementado con menor rapidez que el crecimiento de su producto e ingreso totales...”

“La lógica económica que se presenta para la gran mayoría de los países productores de materias primas es, en consecuencia, muy severa. El ritmo de adelanto económico que pueden proponerse depende en gran medida de su capacidad para importar materias primas, equipo de capital y otros bienes necesarios para elevar su capacidad y niveles de producción. Por otra parte, su capacidad para importar está determinada en gran

(7) Capítulo 3, “The Balance of Payments Experience of Primary Producing Countries”, Nueva York, 1957, p. 137.

parte por sus exportaciones y éstas, en general, han aumentado con mucho menor rapidez que la producción de los países industriales que las consumen. De lo anterior se encuentran en el ineludible dilema de aceptar una tasa de crecimiento en concordancia con el equilibrio externo, sabiendo a ciencia cierta que esta tasa con toda probabilidad aumentará la discrepancia entre sus niveles de vida y los de los países industriales, o de buscar la forma de fomentar un crecimiento más rápido, corriendo el riesgo de un desequilibrio persistente en sus relaciones económicas con otros países. La gravedad del problema depende, en parte, de la medida en que los países productores de materias primas tengan que confiar en sus propios recursos para su futuro desarrollo económico....”.

También el informe del GATT (8) correspondiente al mismo año subrayó que el comercio entre los países productores de materias primas y los centros industriales se está rezagando constantemente en comparación con el comercio efectuado entre las naciones industrializadas. Predijo, aún antes de que se iniciara la recesión de 1957/58, que en el caso de E.U. (en mayor grado que en el caso de Europa Occidental)

“...es de esperarse que continúe la tendencia general a un menor consumo de materias primas y combustibles particularmente de los importados de las regiones no industrializadas por unidad de producción manufacturera”.

Numerosas pruebas estadísticas (9) apoyan estas observaciones sobre la tendencia decreciente de la dependencia de E.U. (así como de otros países industriales) respecto de los

(8) *International Trade*, 1956, GATT, Ginebra, 1957, p. 22.

(9) Ver *Historical Trends in the U.S. Imports*, Departamento de Comercio de E.U., Business Information Service, World Trade Series, Nº 632, septiembre de 1954.

productos básicos importados. En los últimos 75 años la tasa de crecimiento del valor de las importaciones de E.U. ha mostrado una tendencia general a rezagarse frente a la deflación del producto nacional bruto, lo que refleja importantes cambios en la estructura de la economía norteamericana: la creciente industrialización, la expansión de su agricultura y el progreso tecnológico, así como la aparición de las materias sintéticas. El consumo de materias primas crece menos que proporcionalmente la producción y, en consecuencia, tampoco es proporcional el aumento de las importaciones, en las que desempeñan el papel central las materias primas.

De esta forma, nos enfrentamos al problema de una expansión limitada de la demanda estadounidense de materias primas importadas, así como de alimentos, lo que impide el desarrollo económico de las regiones atrasadas. Este problema se ve agravado por la posibilidad de que la economía de E.U., en sus condiciones actuales y de acuerdo con la política interna seguida por ese país, sea incapaz de absorber un mayor volumen de tales productos.

En comparación con la extremada complejidad de este problema la cuestión de cómo organizar la asistencia económica para el desarrollo y asegurar las exportaciones de capital privado a las regiones más atrasadas, parece mucho más sencilla. Primero, puede considerarse seguro que el Congreso norteamericano continuará ampliando, aunque lentamente, los programas de ayuda técnica y económica. Segundo, si se evita la repetición de una depresión mundial, es de esperarse que el capital privado norteamericano continúe fluyendo a las regiones menos desarrolladas. La aparición de algunos países semi-industrializados, como Brasil, México o Australia, que cuentan con oportunidades de inversión diversificadas, y la posición de otros que proveen a E.U. de ciertas materias

primas de grande y creciente demanda (petróleo y mineral de hierro, por ejemplo), constituye una garantía de un flujo continuo de capital estadounidense con destino a Asia, África y América Latina. Sin embargo, cabe subrayar de nuevo que es totalmente improbable que la ayuda económica y el capital privado puedan proporcionar suficientes recursos financieros para las necesidades de las regiones menos desarrolladas, aún cuando éstas aceptaran el predominio de la inversión extranjera en su vida económica y sus implicaciones políticas (10).

El problema de incrementar la demanda de E.U. para toda la gama de productos exportados por los países menos desarrollados no podrá ser resuelto en poco tiempo. A la luz de pasadas experiencias no parece posible dejarlo a las fuerzas naturales del crecimiento económico de E.U. Aún las proyecciones más optimistas de la demanda norteamericana de alimentos y materias primas de importación —como por ejemplo el plan preparado por la Comisión Paley en 1952— estiman que en un lapso de 25 años se duplicará el producto nacional de E.U., en tanto que su demanda de alimentos y materias primas (de los que solamente se importa una parte) no aumentará más que de 50 a 60%. En resumen hay que esperar que persista en el resto del mundo el comportamiento actual de la demanda de productos manufacturados (especialmente de los producidos por E.U.), la cual tiende a crecer más rápidamente que el ingreso de dichos países. Por otra parte, es de preverse que el consumo de materias primas por E.U. aumente con mayor lentitud que su ingreso.

No es fácil definir la forma en que podría lograrse que

(10) En relación con los problemas políticos provocados por un gran flujo de capital privado extranjero, véase "Management of Direct Investments in Less Developed Countries", H. S. Stenfert Kroese N. V. Leiden, 1957, pp. XII+238, y Royal Commission on Canada's Economic Prospects, U.S. Canadian Economic Problems, Ottawa, 1958, II Parte.

se debilite la tendencia a un creciente desequilibrio entre el desarrollo económico de E.U. y su demanda de importaciones de materias primas, tendencia que se traduce en un persistente superávit comercial con los países subdesarrollados para ese país. (Las experiencias de la recesión de 1957/58 no afectan este argumento por lo que se refiere al comercio entre E.U. y los países subdesarrollados). Sin embargo, puede ser factible señalar algunos campos de acción.

En primer lugar, se necesita un esfuerzo mejor concertado entre el Gobierno y el sector de empresas de E.U., a fin de vigorizar una política de libre comercio y contrarrestar las presiones proteccionistas constantemente presentes (11).

Segundo, debe insistirse en explorar debidamente la posibilidad de una acción internacional encaminada a disminuir las fluctuaciones de los precios de aquellas materias primas que producen los países menos desarrollados.

Tercero, sería necesario fomentar ciertos ajustes estructurales en la economía de E.U., teniendo en cuenta las necesidades del resto del mundo.

Si bien es opinión generalizada entre los expertos en la materia (12) que la reducción de aranceles y la ausencia de restricciones cuantitativas a la importación tienen por sí solos efectos muy limitados sobre los cambios en el volumen total de las importaciones de E.U., las medidas proteccionistas contribuyen a acentuar la tendencia secular de estas importaciones a representar una proporción cada vez menor del producto nacional bruto. Como los grupos proteccionistas, aunque minoritarios están muy bien organizados y su opi-

(11) Esto no quiere decir que los países menos desarrollados deban renunciar al legítimo derecho de proteger su naciente industria. En su reciente libro "*Rich Lands and Poor*" (Harpers, Nueva York, 1958), Gunnar Myrdal se ocupa detalladamente de esta cuestión.

(12) Ver, entre otros, el libro *American Imports*, de Don D. Humphrey Twentieth Century Fund, Nueva York, 1955.

nión tiene más resonancia que la de los consumidores, de los importadores y de la enorme mayoría de productores industriales que se benefician de la liberalización del comercio exterior, es necesario realizar en E.U. un constante esfuerzo destinado a frenar las presiones proteccionistas. Para lograrlo se requiere la cooperación de las masas de consumidores norteamericanos.

El segundo punto presenta mayores dificultades, ya que los convenios sobre productos básicos van contra la filosofía que prevalece en E.U. No obstante, se olvida en E.U. que las agudas fluctuaciones en los precios de las materias primas no sólo acentúan los problemas a corto plazo del desarrollo de los países productores, sino que estas mismas fluctuaciones influyen en forma negativa sobre el comportamiento de la demanda a largo plazo de productos importados por E. U. (13). Mientras mayores son las fluctuaciones en los precios, es menor el aumento de la demanda de E.U. En primer lugar, siempre que aumentan los precios en el exterior, se estimula la producción interna de sustitutos. Cuando los precios en el exterior vuelven a su antiguo nivel, no se restablece por ello el volumen anterior de la demanda. Además, existe una visible preferencia, por parte de la industria de E.U., por las materias primas y productos que, en general, tienen precios relativamente estables. Puesto que la experiencia adquirida en el pasado con respecto a los convenios sobre materias primas no indica que estos acuerdos hayan sido perjudiciales a E.U., tal vez sería conveniente que este país reconsiderara su posición al respecto, ayudando así a limitar, en lo posible, la sustitución de materias primas importadas con productos sintéticos de fabricación nacional. Parece que la posición de E. U. en este campo ya está cambiando lentamente.

(13) Sir Donald MacDougall trata ampliamente este problema en *The World Dollar Problem*, Macmillan & Co. Ltd. Londres, 1957.

Una política de comercio libre —que tomaría en cuenta a la vez la necesidad de cierto grado de proteccionismo en los países menos desarrollados y la conveniencia de adoptar acuerdos sobre materias primas— puede corregir, en cierta medida, el rezago de las importaciones de E.U. frente a su crecimiento económico general. Pero una solución más duradera para este problema implicaría cambios y ajustes estructurales en la economía del país. Gracias a su desarrollo tecnológico y a la abundancia de sus recursos naturales, E.U. es, al mismo tiempo, el más grande productor, consumidor y exportador de toda clase de mercancías, incluyendo alimentos y materias primas. La tendencia de E.U. a convertirse en el principal competidor de los países no industrializados y subdesarrollados en el campo de la exportación de materias primas, se ha acentuado en los últimos años. Así, en 1956 —según GATT— *dos terceras* partes del incremento registrado en la exportación total de E.U. a otros países —excepto Canadá— correspondieron a materias primas. Mientras esta tendencia se mantenga, no habrá solución para nuestro principal problema.

No cabe duda que los cambios que es necesario introducir en la estructura de la economía de E.U. serían de gran alcance. Pero, considerando que estos cambios se realizarían a lo largo de años o incluso de décadas, las dificultades no parecen insuperables. En la primera etapa podría intentarse resolver el problema de los productores marginales estadounidenses de materias primas. La fuerza y elasticidad de la economía de E.U. y la experiencia de la reconversión posbélica, señalan la posibilidad de hacer, por ejemplo, dentro de los lineamientos de los programas de orientación de los recursos, que precisarían de ayuda federal a la iniciativa local y estatal, que ciertas empresas no competitivas pudieran iniciar nuevas actividades, en vez de que continúen como industrias

marginales, tanto desde el punto de vista de costos como de su importancia para la economía de E.U.

La segunda etapa implicaría una revisión gradual, pero básica de la política agrícola. Las actividades del sector agrícola tienen poca importancia para la economía de E.U., mientras que cada vez es más fuerte el impacto de los excedentes agrícolas de E. U. sobre los mercados mundiales, así como sobre la posición de otros países, en su mayoría no industrializados, productores de alimentos. Es cierto que se trata de un problema interno, políticamente explosivo, pero dada la demanda mundial de productos de la industria de transformación estadounidense, es difícil imaginar que la reducción de la producción agrícola de E.U. haya de provocar dificultades duraderas para el país. Muy al contrario, por mucho que disminuyera la competencia comercial que hace E.U. a las regiones no industrializadas ⁽¹⁴⁾, el incremento en la importación de materias primas por E.U. estimularía el desarrollo económico de las regiones atrasadas, elevando los niveles del comercio internacional. Esto serviría a los intereses políticos y económicos tanto de Estados Unidos como de las regiones subdesarrolladas para lo que resta del siglo XX.

MIGUEL S. WIONCZEK
(México)

(14) Ver sobre este punto el último informe del GATT "Trends in International Trade, Ginebra, octubre de 1958."